

## I. GRANADA Y EL PAISAJE

Los valores estéticos de Granada no radican exclusivamente en las joyas monumentales que posee; sino en la feliz conjunción que en ella se da entre el Arte y la Naturaleza. Por esta circunstancia los poetas árabes del medievo consideraron a Granada como "vergel del mundo" y uno de ellos, en versos que recogió Maqqarī, afirma que es una ciudad "sin semejante y a la que no podían compararse ni las de Egipto, ni las de Siria, ni las del Iraq; porque Granada es la novia que se ofrece al esposo en la noche nupcial con su rostro descubierto y radiante de hermosura; mientras que las otras ciudades, todas juntas, vienen a ser el azadaque o regalo de boda que el novio entrega a la desposada". El mismo Maqqarī, en versos propios, la estimó, por su belleza "consuelo del afligido y refugio del desterrado". Šaqundī, en su elogio del Islam español, la califica de "pasto para los ojos y elevación para las almas" donde "todo es nuevo y peregrino". Ÿuzāyy, el escritor granadino que hubo de redactar la "riħla" de Ibn Baṭṭūta, declara que "si no temiera ser tachado de parcialidad por su patria, podría extenderse ampliamente en la descripción de los encantos de Granada, puesto que se le ofrece ocasión propicia para hacerlo; pero como quiera que su celebridad se pregona en todo el orbe, no precisa insistir en el elogio".

Si la Alhambra se estima maravilla artística única en el mundo, no lo es solamente porque constituye precioso ejemplar de arquitectura árabe civil de tiempos medievales que ha sobrevivido hasta nuestros días y carece de compañera que pueda considerarse su rival. A la dulce emoción estética que nos causa la Alhambra contribuyen la belleza de sus floridos jardines, el encanto de su apacible bosque, el suave arrullo de las aguas que discurren por sus arroyuelos, la alegre cantata de las que brincan por sus surtidores y, en especial, los variados y peregrinos paisajes que nos ofrecen sus contornos y los espléndidos panoramas que nos brindan sus miradores.

El paisaje constituye factor esencialísimo en el complejo artístico de Granada y si se hubiese tenido conciencia de ésto se habría procurado conservarlo a todo trance y no se habiesen cometido torpes atentados no sólo contra algunos aspectos, sino también y muy principalmente contra el conjunto paisajístico granadino. Los ataques al paisaje

urbano y al paisaje natural de esta ciudad son tanto o más dañinos para la propia esencia de Granada que el que puede ocasionarle la demolición de sus reliquias arquitectónicas.

Hay contadas ciudades en el mundo cuyo caserío presente una disposición semejante a la que ofrece el de Granada. Ciudad alta, asentada sobre suaves colinas y ciudad baja que, en leve declive, desciende hasta la llanura. En esas colinas, los espacios verdes alternan, de una parte, con las manchitas blancas de los edificios; y de otra y junto a aquéllas, con las parduzcas pinceladas de murallas y torreones. Cuando podíamos contemplarlo desde la vega, sin que lo estorbase la barrera de elevadísimo inmuebles alineados a lo largo del Camino de Ronda, quedábamos embelesados ante tan maravilloso cuadro, que tiene, como telón de fondo, los nevados picachos de la Sierra.

Tan consustancial es el paisaje a la estética de Granada que la propia ciudad se ofrece como ventana abierta sobre los soberbios panoramas que sus arrabales, la sierra, la vega y los montes que la circundan generosamente brindan al espectador. Desde los Mártires y antes de que la mancillase el horrendo barrio del Zaydín, esa espléndida vega granadina presentaba un extraordinario paisaje que excedía a toda ponderación y en el cual el verde lujurioso de la campiña, en completa gama de matices, salpicado por las motitas blancas de pueblos y caseríos cruzado por los cristalinos hilos de los riachuelos, se difumina a lo lejos, entre los tonos ocres, grises y azulados de los macizos montañosos que le dan término y que, a la parte meridional, lucen el albo manto de sus nevados picachos, constituyendo, en su conjunto, una bellísima sinfonía de color.

La propia ciudad y sus viejos arrabales, Albayzín, la Churra, el Mauror, el Naÿd, cuyos caseríos, reclinados sobre colinas, conservan casi intacta su ordenación medieval, nos ofrecen también sugestivos miradores. Sus retorcidas calles y empinadas cuestas dan lugar a un constante cambio de términos y de juegos de luz que forman maravillosas y variadas perspectivas. Los paisajes albayzineros suelen tener como fondo las recortadas siluetas de los torreones de la Alhambra, cuando no presentan en su totalidad, la incomparable vista de la Colina Roja, que ha alcanzado universal renombre.

Ya los literatos árabes estimaron como preciado don del Cielo el paisaje granadino. "Casi en el centro de la vega -escribe Ibn al-Ja'ib- se asienta Granada tendida en la falda de elevados montes y altas colinas, desde donde se descubren espléndidos paisajes". "El céfiro de su arrabal del Naÿd y el bello panorama que nos ofrece su Hawz, encantan ojos y corazones, utilizando las almas", piensa al-Šaundī. Cuenta al-'Umarī seguido por al-Qalqašandī que desde los arrabales de la Alcazaba, la Churra y el Mauror "se divisa el extraordinario panorama que forman el río, ramificado en múltiples brazos y las tierras cultivadas, componiendo un paisaje que la imaginación no acierta a describir y que carece de término de comparación". 'Abd al-Basiṭ, escritor egipcio que visitó Granada en 1466, en tiempos de Muley Hacén, un cuarto de siglo antes de que la conquistasen los Reyes Católicos, elogia calurosamente la admirable situación de su emplazamiento y la extraordinaria belleza de sus paisajes. "Desde ambos lados de la colina en que está enclavada la Alhambra -escribe- se dominan otros tantos espléndidos panoramas; de una parte, el de la Vega, amplia llanura irrigada por el

Genil; de la otra, el valle del Darro, cubierto por cármenes deliciosos y cuidados jardines. De ambas partes llegan a la ciudad efluvios suaves y gratísimos".

Los primeros cristianos que, a raíz de la conquista vinieron a Granada no dejaron de sustraerse al encanto de su paisaje. Escribe Navagiero que un balcón del Generalife "mira hacia el peñasco por debajo del cual, en lo hondo, corre el río Darro, ofreciendo una vista deleitosa y placentera"; y añade que los Alijares "ofrecen también una bellísima vista hacia la vega"; y que el paisaje del valle por donde atraviesa el Darro "es muy bello y plácido y todo se ve cultivado y labrado desde alto abajo, con tal espesura de árboles fructíferos que parece todo él una selva y un sólo bosque". Luis de Mármol, al describir Granada dice que "desde las casas de la ciudad se descubre una vista jocunda y muy deleitosa en todo el tiempo del año. Si miras a la vega se ven tantas arboledas y frescuras y tantos lugares metidos entre ellas que es contento; si a los cerros, lo mismo; y si a la sierra, no da menor recreación". Bermúdez de Pedraza escribe que "parte de la ciudad de Granada mira al mediodía y parte a poniente, al cual la vega tiene tan hermosa vista, porque mirada de lugares altos, parece un hermoso anfiteatro". Especial predilección sintió Navagiero por el paisaje que, visto desde la Alhambra, ofrece Valparaíso, paisaje al que alude repetidas veces en su descripción de Granada. "Las riberas del Darro -escribe en otra parte de su obra- son muy frondosas y altas, todas vestidas de verdor por uno y otro lado, entre las cuales viene muy risueño, pobladas sus dos márgenes con muchas casitas, todas con sus jardincitos y puestas de tal manera entre los árboles, que parecen dentro de un bosque y apenas se ven".

De entonces a nuestro tiempo, el elogio del paisaje granadino ha constituido tema literario de constante elaboración para los hombres de letras, tanto orientales como occidentales. A su atrayente encanto se alude con frecuencia en todo género de piezas literarias referentes a Granada y a la descripción de su extraordinaria y peregrina belleza se han dedicado deliciosas imágenes y sonoros epítetos.

Pero el paisaje granadino posee una especialísima particularidad y es que el espacio verde entra necesariamente en su composición. Escribió Ganivet en su "Granada la Bella": "En muchas exposiciones extranjeras he encontrado cuadros que me han hecho pensar sin vacilación: éste es Granada. No porque reconociera el lugar representado por el artista, pues a veces los artistas descubren rincones ignorados o ven las cosas desde puntos de observación originales que las transforman; sino porque en aquellos cuadros leía yo, de corrido, como en un libro nuevo de un autor de quien ya conociera todas las obras publicadas. Y en efecto, he buscado los catálogos y he visto que eran cosas de Granada; y lo que he encontrado con más frecuencia, son calles estrechas, quebradas; sus casas de planta baja, con parral a la puerta, con enredaderas en las ventanas, con tiestos en el balcón y entre ellas, tapiales por los que rebosa la verdura". Agrego yo que no se concibe un paisaje granadino ausente de espacio verde; y cuando, por la disposición urbanística del lugar, tal espacio no aparece en el paisaje, el vecino que vive en la parte vieja de la urbe, en la parte que aún conserva algo de su antiguo carácter, lo inventa animando la fachada de la casa que habita con macetas de flores y plantas trepadoras que se entrelazan a través de las rejas y se agarran con firmeza a la pared.

## II. ESPACIOS VERDES\*

### 1. SU NATURALEZA E IMPORTANCIA

Muchas ciudades poseen notas características que las distinguen de otras. A veces se las alude por esa nota distintiva. Así, Córdoba es la ciudad de los patios; Ecija, la de las torres barrocas; Toledo la de los Cigarrales. A Granada se la llama y conoce por ciudad de los cármenes. El carmen es un pequeño espacio verde enclavado en el interior de la población. Casi todas las ciudades del mundo tienen espacios verdes. Vienen a ser el pulmón de la urbe. Sirven de respiradero a ésta y de lugar de reposo y recreación a sus habitantes. Los busca la gente de edad que, aturdida y fatigada por el intenso tráfico y la atmósfera impura de las grandes vías, anhela un paseo tranquilo y sano. En ellos, los niños encuentran apacible y seguro retiro para sus juegos infantiles; y los enamorados, un rincón discreto para decirse sus amores.

Los espacios verdes plasman en parques, alamedas, jardines, bosquecillos, amplias avenidas con doble hilera de árboles y plazas con abundantes plantas y macizos de flores. Generalmente estos espacios verdes son bienes patrimoniales de los municipios, que atienden a su conservación y entretenimiento. Sin embargo, hay espacios verdes de propiedad privada. Esto ocurre en Granada con el carmen; y en Londres con ciertas plazas (square) pertenecientes a la comunidad de vecinos que habitan los inmuebles que la rodean. Tales espacios verdes londinenses, situados en plena vía pública, no son accesibles a cualquier ciudadano. Los cercan fuerte reja y las llaves de las cancelas que les dan entrada se hallan en poder de los vecinos de la plaza. Lo supe cuando, tras un fatigoso deambular por las calles de la capital inglesa, pretendí tomar asiento en uno de los bancos de Belgrave Square.

Las más elementales normas higiénicas exigen muchos espacios verdes en las grandes

---

\*. Fragmentos de este capítulo fueron publicados por la Caja de Ahorros de Granada integrando mi opúsculo "Cármenes de Granada", que forma parte de la preciosa colección que edita la Obra Cultural de aquella institución.

urbes. Los aconseja también el buen gusto. Ellos purifican el aire que envuelve a la ciudad, hacen grato el ambiente que los rodea, alegran el corazón de sus visitantes y dan colorido al paisaje de su emplazamiento. A comienzos de nuestro siglo se tuvo todo ésto en cuenta y no sólo se mantuvieron los espacios verdes en el interior de la población, sino que fueron impuestos en las zonas de ensanche. Así surgió la ciudad jardín, en donde cada inmueble estaba rodeado por espacio verde propio.

En los últimos años las cosas cambiaron. A pretexto del acelerado crecimiento demográfico, se está arramblando con los espacios verdes para transformarlos en solares edificables. Espacios verdes pertenecientes a los municipios menguan su superficie en beneficio de construcciones que se califican de utilidad pública. El afán de lucro de los constructores hace desaparecer los espacios verdes de propiedad privada enclavados en el interior de la ciudad. No sólo no se obliga a establecer espacios verdes en las zonas de ensanche, sino que se levantan edificios en los que, en dichas zonas, existían. La ciudad jardín se convierte en villorrio de amazotados inmuebles. De esta suerte, la urbe, con detrimento de la estética y daño para sus habitantes, va perdiendo espacios verdes en lugar de acrecentarlos.

Esto ocurre en España, donde, tardíamente y cuando ya pasó de moda, solemos imitar del extranjero lo que consideramos extrañas novedades. Pero no ocurre en otros países. Así, en el actual ensanche de París, se sigue un criterio muy distinto. Cada inmueble o grupo de inmuebles ha de tener espacio verde propio, generalmente protegido por una cerca y dotado de pequeño parque infantil. Estos espacios verdes, que yo he visto, entre otros lugares, en el ensanche de Rueil Malmaison, uno de los arrabales de la capital francesa, sirven de seguro recreo para los niños del vecino inmueble y de solaz y esparcimiento a sus padres y familiares. Ciudades jardín que visité no ha mucho en Norteamérica y Canadá, mantienen intacta su primitiva disposición urbanística: casa exenta, en medio de amplio jardín cubierto de césped, adornado con arbustos y flores y sombreado por copudos árboles.

En la República Federal Alemana, donde la última guerra mundial causó terribles estragos urbanísticos, se ha impuesto la moda de establecer extensos espacios verdes al reconstruir aquellos sectores de la urbe que fueron total o parcialmente arrasados por los bombardeos. Pero, además, en Bonn, Colonia y otras poblaciones de la ribera del Rhin, los urbanistas están construyendo un tipo de vivienda, que llaman casa mini-familiar, dotada de jardín propio. En estas viviendas habita un número muy reducido de familias, a veces solamente dos o cuatro. Una estadística que tengo a la vista, señala que de los diez millones y pico de viviendas edificadas en la Alemania occidental desde 1949 a 1967, cuatro millones, es decir un cuarenta por ciento, corresponden a casas de tipo minifamiliar, dotadas, cada una de ellas, de espacio verde. Pretenden los urbanistas alemanes airear las masas arquitectónicas, disminuir la densidad del vecindario y descongestionar de inmuebles aquellos sectores de población que, de otra suerte, resultarían excesivamente cubiertos por construcciones.

Como escribí al principio, a los españoles suele llegarnos con retraso las novedades extrañas; y, por otra parte, somos algo caprichosos. Nosotros estamos suprimiendo espacios verdes precisamente cuando los urbanistas extranjeros satisfacen la acuciante exigencia de establecerlos para aliviar la fatiga que a los ciudadanos de la urbe

moderna causan la vida agitada que vivimos y el aire enrarecido que respiramos.

## 2. ESPACIOS VERDES GRANADINOS DE CARACTER PUBLICO

Granada posee pocos espacios verdes de carácter público y muchos espacios verdes que constituyen propiedad privada de un crecido número de granadinos. Unos y otros van menguando día a día. Granada carece de parque. Tiene, eso sí, entre sus espacios verdes públicos, un bosque maravilloso poblado por árboles centenarios y que brinda al paseante gratísimos parajes donde la luz, filtrada a través de las ramas que se entrelazan, tiñe el lugar con deliciosas tonalidades y, juntamente con la embalsamada brisa que los orea, la dulce cantinela de los ruiseñores y el suave murmullo de los arroyuelos, crea un ambiente plácido y tranquilo que invita al reposo, mueve a la meditación e incita al ensueño. Un bosque que ha inspirado bellas composiciones a muchos poetas y cuya soberana hermosura goza de universal renombre: el de la Alhambra.

Pero un bosque es cosa muy diferente de un parque. Este brinda a sus visitantes motivos de diversión y regocijo y les ofrece diversas atracciones de muy distinta índole: sombreadas avenidas, floridos jardines, espesos bosquecillos, lagos artificiales, serenos estanques, ruidosas cascadas, artísticas fuentes, placetas monumentales, jardín de la infancia, pequeño zoo, ferial permanente y sitios adecuados para el descanso y el yantar. Uno de los más bellos parques que conozco es el "Jardin d'acclimatation" del barrio parisino de Neuilly, modelo a imitar por los proyectistas de este género de espacios verdes. He visto otros más completos, más amplios y más pretenciosos en algunas ciudades europeas y de América del Norte. No cambiaría el londinense Hyde Parque por el Jardin d'Acclimatation francés. Pocas urbes son las que no lucen un parque. En Andalucía los tienen poblaciones de segundo orden, como Algeciras, pongo por caso.

Varias veces se ha intentado crear un parque en Granada. Lo proyectó el Ayuntamiento que regía la ciudad en el año 1890 para formar lo en el Paseo de los Basilius sobre terrenos propios del Municipio y varias parcelas lindantes pertenecientes a propietarios particulares y que el Ayuntamiento pensaba adquirir. Se proyectó un bosque en laberinto, estanques, plazas, avenidas y jardines. El buen propósito no pasó de proyecto. Hoy ocupan esos terrenos edificios destinados a establecimientos escolares. En el vigente Plan de Ordenación Urbana figuraba la creación de un Parque demarcado entre la Avenida de Calvo Sotelo y el Camino de Ronda. En estos lugares se está construyendo el Polígono Universitario. Hay constantes urbanísticas, de la misma manera que existen constantes históricas. En Granada los proyectos de parque plasman en escuelas.

Posee la ciudad amplios paseos, un espléndido jardín, varios pobres jardinillos y unas cuantas avenidas, plazas y plazuelas exornadas con árboles, arbustos y cuadros de flores. Ni a unos, ni a otras se les presta demasiada atención, porque no se valora la excepcional importancia del espacio verde. De cuando en cuando, con pretextos varios, se les arrebató un pedacito de superficie para levantar un inmueble o establecer un aparcadero; se destruyen jardines con propósito de obtener más espacio transitable y se arrancan árboles centenarios para plantar otros que den menos sombra.

Esto último ocurrió en los paseos del Salón y de la Bomba. Fueron los franceses quienes, durante la invasión napoleónica, convirtieron en frondosa alameda el lugar que esos paseos ocupan a la margen derecha del Genil. Antes de que la bárbara tala de sus árboles, perpetrada a fines del primer tercio del siglo que vivimos, destrozara esa arboleda "se enlazaban las copas de sus árboles -escribió un poeta, forastero en Granada- formando bóvedas de esmeraldas que dejaban pasar tenues hilos de suave luz". Consumada la tala se plantaron dobles filas de tilos en los laterales del paseo del Salón y una en el de la Bomba, que apenas proyectan sombra sobre las vías centrales, abrasadas en verano por un sol de justicia. Ambos paseos han perdido la hermosura que primitivamente tuvieron; y, por otra parte se encuentran en el más triste de los abandonos.

En 1840 habían sido ya trazados los jardinillos que bordean la calzada izquierda de estos paseos y a los que también se les quitó, en este siglo, un pedacito de tierra para construir en su solar un inmueble que primeramente fue pabellón de fiestas del Casino y al que, después, se le ha dado un destino más noble, instalando en sus salas una Biblioteca popular. El pequeñísimo jardín del Humilladero hecho en 1903 y contiguo al paseo del Salón, ha sido arrasado no ha mucho tiempo, para convertirlo en aparcadero de la red tranviaria. Alamedas y jardines cubrían antaño el Paseo de San Sebastián. Aún se mantienen en pie algunos de los árboles que fueron su ornato. El terreno que ocupaban los jardines, transformado en erial, sirve ahora de asiento a los feriantes. Sólo la Carrera de la Virgen, entre los espacios verdes que hay o hubo en esta zona de la urbe, conserva aún razonable estructura de avenida sombreada que luce el adorno de cuadros laterales con plantas y arbustos.

Desconsuelo causa recordar el Campo del Triunfo que conocimos en nuestra infancia. Al otro extremo de la ciudad, en una parte de los terrenos que fueron cementerio musulmán de Sa'd ben Malik, cercada al Norte por la bella fachada plateresca del Hospital Real, a Levante por el templo de San Ildefonso y el viejo convento de la Merced, al Sur por la puerta árabe de Elvira y limitada a Poniente por la Gran Vía, se extiende amplísima explanada conocida por Campo del Triunfo, porque, en su centro, la piedad religiosa de los granadinos levantó un monumento al misterio de la Concepción. Sombreado por frondosa arboleda y embellecido por cuidados jardines, era uno de los espacios verdes más hermosos y agradables de la ciudad. Prácticamente, los jardines han desaparecido y sólo queda algún que otro vetusto árbol. En nuestro tiempo, la explanada vergel pasó a solar edificable y en ella se alzan la Escuela del Magisterio, las Factorías Militares, el grupo de viviendas Reina Victoria y alguna que otra edificación de menor cuantía.

Hasta hace pocos, poquísimos años, hubo a todo lo largo de la Acera del Triunfo otros jardincitos públicos que han sido recientemente destruídos para convertirlos también en solares. A los jardines sustituye ahora una larga hilera de modernos inmuebles. Ciertamente, en compensación, el Ayuntamiento de la ciudad, aprovechando la explanada que quedó libre al ser demolida la antigua plaza de toros, ha trazado y plantado un espléndido y espacioso jardín, el más bello de la ciudad baja, dispuesto en paratas y que tiene por fondo amplia fuente luminosa; pero han de transcurrir bastantes años antes de que los árboles que lo ornamentan ofrezcan al visitante la sombra que le prestaban los que se erguían en los viejos jardines de la Acera del Triunfo. Un árbol

cae, derribado, en media hora; pero en su crecimiento invierte varios lustros.

No se educa al niño granadino en el respeto a las plantas. Cuando no hay guarda que le vigile, trilla los jardines y arrasa los macizos de arrayán de las plazuelas. Destroza los cuadros de flores, arranca los arbustos y, si están al alcance de su mano, quiebra las ramas de los árboles. Acaso por ésto no se suele prestar demasiada atención a los jardines públicos. Como hemos visto, se ceden para que en su lugar se levanten edificios oficiales, o se convierten en solares que enajenan empresas constructoras.

### 3. ESPACIOS VERDES GRANADINOS DE CARACTER PRIVADO. EL CARMEN

El carmen es un espacio verde típicamente granadino. Propiedad privada aneja a una vivienda y enclavada dentro de la ciudad, constituye la natural expansión de aquella. Entre uno y otro discurre la vida hogareña del dueño; porque el carmen forma parte integrante del hogar. Esta circunstancia lo hace apacible y recóndito y le da ambiente de recoleta intimidad. Consecuentemente, no se ofrece en espacio abierto a extrañas miradas. No hay carmen rodeado por una verja. Lo cercan elevados tapias; y visto desde afuera, aparece como un blanco paredón adosado a la vivienda, en el que la cal desprendida dejó al descubierto parduzcos manchurrones. Completan su aspecto exterior hileras de ramas, verde intenso de yedra y verde claro de enredadera, que se descuelgan desde lo alto del tapial; y las frondosas copas de los árboles que se alzan por encima y se yerguen airoosamente en busca del cielo. Sin embargo, el carmen, por lo común asentado en la falda de una colina, es oculto y delicioso mirador que brinda a su dueño hermosos paisajes y sorprendentes panoramas: la Vega y la Sierra, desde los cármenes de la Antequeruela y del Realejo; la Vega y el Albayzín, desde los del Mauror; el Albayzín, la Vega y Valparaíso, desde los de la Alhambra; y Valparaíso, la Colina Roja (con la Sierra al fondo) y la llanura de la Vega, desde el Albayzín.

El carmen tiene algo de jardín y algo de huerto. Un carmen no es únicamente huerto, ni únicamente jardín. En el carmen, las flores se entrelazan con las hortalizas en entrañable maridaje. Los árboles que lo adornan no desempeñan una función exclusivamente ornamental. Decoran, dan sombra y frescura y al mismo tiempo, producen óptimo fruto. En el carmen se aspira el perfume de las rosas, los jazmines, los nardos, las madreselvas, el galán de noche, los alelís; y se recogen granadas y acelgas, albaricoques y lechugas, habas y ciruelas, cardos y fresas, espinacas y melocotones, cuyas cosechas, a veces, dan abasto para una familia. El carmen no es quinta de lujo, sino pequeña finquita utilitaria. Un minimísimo minifundio. Hay menestral que vive con lo que le da su carmen; porque, además, la mayoría de los cármenes son propios de menestrales y artesanos.

Los cármenes situados en los barrios altos de Granada están dispuestos en paratas, ofrecen una línea más movida y dan lugar a perspectivas varias. Los emplazados en la parte baja procuran seguir la norma y se distribuyen en dos o varias terrazas. Por el suelo de los cármenes discurren mínimos arroyuelos; cuando hay desnivel imitan rugientes cascadas; y en terreno llano, marchan con suave murmullo. Van a morir a una alberca, espejo donde se miran las plantas; o brincan por los surtidores de las

fuentes, compitiendo con el trino de las aves que pueblan el carmen. Estas avecillas son los polizones del carmen. Anidan en sus árboles clandestinamente y sin licencia del dueño; pero le pagan el hospedaje, anunciándole la mañana con su alegre piar. El ruiseñor es el rey de estos huéspedes furtivos y anima con su cantarino gorjeo la placidez del lugar.

Una muñeca de agua, varios arbolitos, algunos arbustos y muchas plantas que den flores y frutos forman los elementos constitutivos del carmen. Normalmente el carmen ocupa un pequeño espacio de terreno; pero hay cármenes con razonable superficie y algunos, muy pocos, bastante extensos. Cármenes de tercera, de segunda y de primera clase como en todos los aspectos de la vida. Estos últimos se adornan con cuadros de arrayán, están atravesados por paseos y lucen fuentes en sus glorietas. El carmen humilde se contenta con un parral, una higuera, varios rosales, media docena de bancales con hortalizas y flores y un pilarico con su chorro de agua, porque en el carmen no se puede prescindir de su cantinela.

Mucho se ha dicho y más se ha escrito sobre los cármenes granadinos. Hasta se han compuesto obras musicales a las que sirvieron como motivo de inspiración. Y ni que decir tiene que han sido y siguen siendo tema preferido por pintores y dibujantes. La relación de los elogios hiperbólicos que le han tributado los literatos de Occidente sería interminable; desde Andrea Navagiero que los halló "con tal abundancia de árboles que casi ocultan las casas, las más de las cuales son casas pequeñas, pero todos los cármenes poseen sus fuentes, rosales, arrayanes y todos son ricos de adornos" y Pedro Mártir de Anglería para quien "los cármenes de Granada compiten con los jardines de las Hespérides" hasta García Sanchiz que los estimó "ideal morada de un ermitaño, un gitano o un árabe" y piensa que en ellos "se congregan los atributos de Granada como se recogen en una cesta las naranjas y los claveles de los mismos cármenes", o Pérez de Ayala que encuentra compendiados en los cármenes "la paz, el amor y la belleza".

En otros tiempos el propietario de un carmen era un hombre afortunado, que disfrutaba feliz y tranquilo dicha amable propiedad y a quien ésta, por su peculiar naturaleza, solía proporcionarle algún rendimiento, aunque fuese escaso. Hoy, para la mayor parte de los granadinos dueños de carmen, semejante finca constituye un quebradero de cabeza, que le obsesiona y le quita el sueño. Tal espacio verde cultivado no le produce ningún beneficio. Al contrario, le cuesta un dinero del que, a veces, no dispone. Así, el carmen exige agua no sólo por su propia índole, sino también porque hay que regar las plantas que lo cubren. Antes, el agua corría abundante por toda la ciudad. Cuenta al-Umari, escritor egipcio que la visitó en el siglo XIV, que "el agua de sus ríos se distribuye copiosa por toda la población: por sus mercados, por sus patios, por sus mezquitas, por sus cármenes. Donde se la busca se la encuentra".

Acaso por lo que acabo de referir, cada espacio verde tiene propiedad de agua; pero por arte de birlibirloque, esta propiedad, prácticamente está extinguida. Hay que acudir al agua potable, que cuesta un pico, si no queremos que el espacio verde se transforme en erial. Luego, precisa atender a las cargas fiscales, que crecen día por día. Y a qué seguir. Frente a todo esto, esa propiedad improductiva y con frecuencia costosa, alcanza elevado valor en venta. El carmen, cubierto por frondosa arboleda,

aromatizado por el perfume de sus flores, inundado por el espléndido sol andaluz y ventilado por el aire puro que baja de la Sierra, es un delicioso encanto que, materialmente vale poco; pero convertido en solar edificable, vale una fortuna. Es temerario menospreciarla, cuando se nos viene a las manos; insensato no transformar ese pedazo de tierra en dinero contante y sonante, que puede darnos una buena rentita. Viene la lucha entre los valores del espíritu y los intereses materiales. El dueño del carmen medita, se preocupa, duda, pierde el sueño, se vuelve loco. Y en la mayoría de los casos, acaba decidiendo lo más práctico. Desaparece un espacio verde; o, en el mejor de los casos, su superficie sufre importante merma. El carmen granadino se halla en acelerado proceso de desaparición. Cuando haya desaparecido, Granada perderá esta nota distintiva por la que se le conoce en todo el mundo. No será la ciudad de los cármenes.

Sería lógico que la Hacienda Pública protegiese la conservación de los espacios verdes eximiéndoles de tributos; pero en este país, país de la paradoja, ocurre todo lo contrario. El fisco considera al espacio verde de propiedad privada finca de lujo y sobre la contribución que pesa sobre el solar en que tal espacio verde está situado, se impone otro crecido gravamen. Desconoce la importancia que desde muy diversos puntos de vista reviste la abundancia de espacios verdes dentro de las urbes y contribuye eficazmente a su extinción.

### III. LA EVOLUCION URBANA DE GRANADA

#### I. LA CIUDAD MUSULMANA

La Granada que conquistaron los cristianos se formó a través de los siglos XIV y XV como consecuencia del continuo crecimiento de su población, que según algunos, llegó a alcanzar el medio millón de habitantes. El casco urbano estaba constituido por la medina o ciudad propiamente dicha y cuatro arrabales: el de al-Bayyāzīn (de los Alcorneros) hoy Albayzín; el de al-Ramla (el del Arenal); el de al-Fajjārīn (el de los Alfareros); y el de Na'yd (el de la Loma), ubicados respectivamente al norte de la vieja Alcazaba el primero, al Oeste de la medina el segundo y al sur de ésta los dos últimos. El arrabal de la Loma se podía considerar como un ensanchamiento hacia mediodía del de los Alfareros. Ya a fines del siglo XV cabía distinguir en el arrabal del Albayzín tres diferentes sectores: los Ajsāriš, barrio que, en forma de cuadrilátero, se extendía a mediodía de la al-Qaṣaba, al-Qadīma o Alcazaba Vieja, ocupando el solar comprendido entre la calle de San Juan de los Reyes y la ribera del Río Darro; la citada Alcazaba Vieja que ocupaba el centro del arrabal y el Albayzín propiamente dicho, situado al norte de dicha alcazaba. A poniente y a levante de ésta se hallaban los barrios de las Qawra'ya, Aitunjar Arrohan y el Careillo. Frente a medinat Garnāṭa, sobre la Colina Roja, se alzaba medinat al-Ḥamrā (Alhambra) la ciudad palatina, que constituía un núcleo urbano independiente del de medinat Garnāṭa y sus arrabales, defendida por una formidable cerca que en algunos puntos enlazaba con las que protegieron a los arrabales meridionales de medinat Garnāṭa.

El paño de muralla que circundó a la medina, arrancaba de bāb al-Unaydar (puerta de la Erilla), conocida vulgarmente por Bibalbonaida y Monaita, uno de los accesos a la Alcazaba Vieja. La cerca descendía, casi en línea recta, hasta la puerta de Elbira, desde donde torcía a S.O. por la calle de Loarte, el Triunfo y Tinajilla donde se abría otro de los accesos a la medina, bāb al-Kuḥl (puerta de la Galena) en la calle del Arco de la Tinajilla. Seguía por las de Navarrete y de Corazones hasta el Boquerón, en donde estuvo bāb al-Arba' Ayūn (puerta de las Cuatro Fuentes) vulgarmente conocida